

Dejemos que los niños se expresen sobre la muerte



Objetivo de estas líneas:

—Presentar un camino accesible para que los niños puedan hablar con nosotros sobre la muerte.

—Ayudarnos a crear una actitud correcta en los adultos para que podamos hablar sencillamente con los niños, sobre la muerte.

Esto tiene un presupuesto:

—Que es bueno que los niños

hablen con los adultos sobre la muerte. Muchos adultos piensan que no: porque la muerte no es un tema de niños. Pero quizás porque no se sienten cómodos al hablar con los niños sobre la muerte: no tienen respuestas para sus preguntas ingenuas. Tienen un montón de prevenciones, de miedos no superados, de imágenes estereotipadas, de extrañísimos dogmas religiosos, etc..., que, efectivamente, no

son aptos para niños (ni para mayores, creo yo).

Pero precisamente por eso es necesario que dejemos que los niños se expresen sobre la muerte.

La muerte es un hecho de la vida:

Visible. Descriptible. Que nos interroga. Para los niños es un acontecimiento. No uno más, por la repercusión que les causa a los mayores. Por el misterio

con que se le rodea. Y porque no es bonita su apariencia.

Pero, sobre todo, lo que más les llama la atención, lo que predispone sus expectativas, es el hecho de que los mayores no les hablen nunca de la muerte. Y cuando ellos quieren hablar de lo que les pasa a los muertos, los mayores huyen del tema, se lo escamotean. Y, siempre, con nerviosismo, como si estuviesen haciendo algo censurable.

Los niños tienen, sobre el tema de la muerte, una curiosidad mucho mayor de la que nosotros les dejamos expresar

Su curiosidad afecta a la misma palabra muerte (con sus variaciones), a sus causas, a sus efectos, a los protagonistas de la muerte, a su repercusión en las personas que les son cercanas, a los ritos (familiares, civiles y religiosos) de acompañamiento.

Porque la muerte se hace presente en la vida de los hombres. Y las personas que, con una extraña concepción de la educación, dicen que el tema de la muerte debe alejarse de las mentes infantiles, ponen, para presidir la habitación de sus padres, y sobre el pecho de sus hijos, la imagen de un crucificado, que, para los niños, es, ante todo, un *Jesús muerto*. (Y matado por los malos por ser bueno, con lo que todo esfuerzo de lógica queda roto y sin acomodo posible).

Y con no poca frecuencia algunas madres nos traen a sus hijos para que «les quitemos de la cabeza la obsesión por la muerte». Esta anomalía (así la llaman ellas) se está empezando a repetir cada vez más en estos tiempos. Sin tener una edad definida, pero siendo muy frecuente entre los 5 y los 9 años. Estos niños tienen una ventaja sobre los demás: por lo menos se ponen en el trance de poder hablar con un adulto, sencillamente, sobre la muerte de los hombres. ¿Qué les estará pasando a tantos niños para quienes el tema es tabú y les sigue perviviendo en su ima-

ginación sin la menor explicación, sin la menor posibilidad de expresar su curiosidad, sus presentimientos, sus fantasías tantas veces torturadoras...?

Las circunstancias más apropiadas para conversar sobre la muerte

Por parte de los niños: las que hagan posible su libre expresión: preguntando, fabulando, comentando, evacuando sus sentimientos.

Por parte de los adultos: las que puedan llamarse un acompañarles en sus sentimientos, dialogar (en su lenguaje) sobre sus curiosidades, buscar juntos unas respuestas o unas hipótesis de respuesta. Y evitando cualquier transmisión de ansiedad, de estructuraciones ya hechas sobre la realidad de morir y presentar como adquisiciones científicas cualquiera de las fabulaciones que nos representan la realidad del más allá. Cuando el diálogo surge de la espontaneidad de un solo niño que nos pregunta y quiere hablar con nosotros sobre el tema: están conseguidas dos cosas: su interés y saber que existe esa confianza previa que hizo posible la pregunta. El educador sólo tiene que facilitar las posibilidades de expresión.

Cuando el diálogo surge con un grupito de niños (sea en una clase de la escuela, sea en esas conversaciones que surgen a veces en una tarde de domingo tirados sobre la moqueta mientras papá semilee el periódico o semidormita el programa de televisión), entonces la conversación suele ser mucho más fácil, si el estilo que adoptamos es el de escucharles, el de ponerles otra piedra de apoyo para que ellos puedan dar un nuevo paso en ese cauce de río que se llama «saber algo más sobre la muerte del hombre». Ellos son los que, atropellándose en sus consideraciones y dando imagen a sus fantasías y sentimientos, irán haciendo progresar su concepción del hecho de la muerte. Y de vez en

cuando harán preguntas al adulto. Y el adulto será muy sensato si tiene la habilidad de devolverles las preguntas y de escucharles atentamente.

Porque el objetivo no es utilizar esas circunstancias para endosarles una clase de teología. Y mucho menos contagiarles nuestras posturas personales sobre la muerte. El objetivo es que adopten una postura natural, espontánea, sobre un hecho que en sí mismo es tan natural y espontáneo como el ponerse el sol cada tarde en el horizonte. Y es extraordinariamente más alucinante escucharles expresarse sobre la muerte en esos términos, y asistir a la recreación de los mitos sobre el más allá en la boca e imaginación de unos niños, que mantenerlos destinados a vivir, en su día, la tragedia de la muerte humana como interrogante sin respuesta, como tragedia existencial o como angustia inmadura de quienes, ante la muerte de los seres queridos, sólo saben reaccionar con el llanto desesperado o la culpabilidad tardía por lo que no hicimos mientras vivieron con nosotros.

Y este tipo de reacciones es tanto más absurdo cuando los educadores se profesan creyentes en un más allá gobernado por un Padre que sabe de acogida, de perdón y de comprensión de la realidad humana.

Muchos niños se quedan callados y tristes cuando están preocupados por la muerte y otros no saben expresar su pena después de la muerte de un ser querido. Llenos de rabia y de pánico, otros rehusan la comunicación. Pero hay niños que están deseando desahogarse. En estos casos no se debe atormentar al niño con preguntas, sino estimular suavemente la conversación. Hablar de la muerte con un adulto puede aligerar una mente infantil y aminorar su pena. Cuando animamos a los niños a compartir su pena con nosotros, les estamos haciendo pensar que creemos que lo que nos tienen que decir es importante. Una conversación con los niños acer-

ca de la muerte puede abrir la puerta a otros innumerables temas y puede ser la ocasión de enriquecer y modificar los estados de ánimo que les aprisionaban.

ALGUNAS PISTAS PARA QUE LOS NIÑOS SE EXPRESEN SOBRE LA MUERTE

Lo que pasa es que muchos niños no saben cómo expresarse. Y muchos adultos no saben cómo ayudarles a expresarse sobre la muerte.

Por eso brindamos esa especie de guión (en absoluto un cuestionario: nada sería más improcedente). Son aspectos de la muerte sobre los que el niño tendrá gusto en expresarse y se le hará fácil comunicar lo que siente sobre cada uno de esos puntos. Es un guión de iniciación de conversación o de aspectos de la conversación. El niño, o el grupito de niños, o los alumnos de la clase, ya irán encontrando nuevos aspectos.

Por supuesto: no se trata de hacerles una encuesta, ni de poner la plataforma para colocarles nuestras tesis sobre la muerte. Se trata de dialogar con ellos sobre sus sentimientos y curiosidades y de dejar que vaya madurando dentro de ellos su hipótesis personal sobre ese hecho natural de vida que es la muerte de los demás: y algún día la propia.

De una manera completamente convencional presentamos ocho aspectos para ayudar a que los niños se expresen sobre la muerte.

1. El hecho real de la muerte

—La persona que decimos que está muerta ¿está realmente muerta, o se estará haciendo la muerta? (Como muchas veces los niños juegan a morir: los mayores, cuando se mueren ¿también están jugando a morir?).

—¿Podrías hacerte el muerto ahora mismo aquí? ¿Qué te pasaría?

—¿Cómo te podrías persuadir de que alguien está realmente muerto?

—La muerte ¿se puede ver? ¿Qué aspecto tiene la muerte?

—¿Qué es lo que hace que una persona esté realmente muerta?

2. La separación que produce la muerte

—¿Alguna vez has visto a alguna persona muerta?

—Los muertos ¿están cerca de nosotros o están lejos?

—¿A dónde se van los muertos?

—¿Van allí cuando todavía están vivos y luego esperan hasta que estén muertos? A lo mejor sólo van allá cuando ya están muertos.

—¿Cómo llegan al sitio adonde van?

—¿Por qué prefieren estar allí y no vuelven con nosotros aquí?

3. La inmovilidad de las personas muertas

—Las personas que ya están muertas ¿se pueden mover?

—¿Caminan o se van a lavar las manos? ¿O se arrastran y se mueven cuando nadie las está mirando?

—¿Hablan y están de conversación y de paseo con sus amigos?

—¿A qué se dedican durante todo el día? ¿En qué se ocupan?

4. La muerte es una realidad universal

—¿Quiénes son las personas que tienen que morir?

—¿Los mayores? ¿Las abuelas y los abuelos?

—¿Qué me dices de las mamás y de los papás?

—¿Y los niños también se mueren?

—Si una persona tuviese mucha salud, hiciese ejercicio, comiese buenas comidas y durmiese la siesta todos los días, ¿podría vivir siempre?

—¿Tú también te vas a morir alguna vez?

5. La muerte aparece como una realidad irrevocable

—¿Cuánto tiempo está muerta la gente?

—¿Alguna vez los muertos vuelven a vivir y se vienen al mundo?

—¿Hay algunos que se quedan siempre muertos y otros que vuelven?

—¿A lo mejor sólo vuelven los que quieren volver, y los otros no!

—Nosotros, muchas veces, deseamos que una persona querida vuelva a vivir con nosotros. Si nosotros lo queremos ¿podría regresar? ¿O tiene que quererlo ella?

—¿Cómo se podría volver aquí después de haber estado muerto?

6. Por qué se muere la gente

—¿La muerte de las personas se parece a algo que tú puedas explicar? (Por ejemplo: se apaga la luz porque se rompe la bombilla).

—¿El ser malo es lo que hace que se mueran las personas?

—Si la gente nunca fuese mala ¿ya no se moriría?

—Si no te pusieses nunca enfermo ni tuvieses ningún accidente, ¿qué es lo que te produciría la muerte?

7. Cómo se muere la gente

—¿Has visto cómo se han muerto algunas personas?

—¿Se podría ver cómo viene la muerte a las personas?

—¿Se podría uno escapar de la muerte, esconderse?

8. Lo que hacen y no hacen los muertos. Su sensibilidad

—¿Funcionan todavía los cuerpos de los muertos?

—¿Laten sus corazones? ¿Circula su sangre? ¿Respiran?

—¿Hablan los muertos con los vivos? ¿Hablan entre ellos? ¿Tienen de qué hablar?

—Los que ya están muertos ¿pueden tener enfermedades?

—¿Cómo viven los muertos? ¿Toman el desayuno, la comida, la cena?

—Si los muertos no comen ¿tienen hambre?

—¿Tienen calor en el verano? ¿Y frío en el invierno, cuando nieva?

—¿Pueden sentir si les tocas?

—¿Pueden oír lo que habla la gente?

—Las flores que les ponen a los muertos, ¿los muertos las pueden oler?

—¿Se enteran de cuando estamos pensando en ellos?

—¿Desearán estar vivos o tal vez estén contentos de estar muertos?

—¿Se sienten solos? ¿Se cansan? ¿Duermen? ¿Tienen sueños durmiendo?

La Humanidad ha necesitado siempre expresarse sobre la muerte. Los pueblos niños y los pueblos cultos

han «mitificado» el más allá, han simbolizado de mil maneras el «viaje» de acceso al otro mundo, o la partida de este mundo. Han ritualizado el acontecimiento de la muerte. Y han creado (o impuesto) los comportamientos que deben tener las personas allegadas al muerto.

Los niños son capaces de crear sus mitos, de imaginar, desde la realidad que ven, la realidad que configuran. Lo harán siempre de una manera ingenua, llena de colorido y, normalmente, desprovista de dramatismo. Lo malo es que ya no nos quedan casi niños: porque casi todos ellos reciben, con el vocabulario básico, con nuestras reservas calculadas, con nuestras representaciones de la muerte, un bagaje tan condicionante que no pueden decirnos cómo vivirían y sentirían la realidad de la muerte de una manera incondicionada. Eso es lo que pretenderíamos con este artículo: que los niños reciban una visión de la muerte normal, sin nuestros dogmatismos y sin nuestras metafísicas. Sin asociar a la realidad natural de la muerte toda una liturgia mediatizadora, que nunca es tan verdadera como la que los niños serían capaces de inventar.

Y, sobre todo, llegar a tener con ellos una actitud auténticamente educativa: sin transmitirles nuestros problemas personales ante la muerte. Dejando que surjan sus interrogantes tal como ellos los viven: no como nosotros se los traducimos. Y acompañarles en la búsqueda de la respuesta a esos mismos interrogantes. Para eso tienen que tener cauces de expresión, ocasiones de hacerlo.

Y no volvamos a decir que la muerte no es cosa de niños. Todavía aparecen más muertes que nacimientos en las películas que ellos ven en la Televisión. El que tengamos conciencia de que nuestra manera de vivir la muerte no les es válida todavía no quiere decir que no nos pueda ser válida su manera de encontrarse con la muerte y de contarnos las infinitas posibilidades de expresar sus presentimientos, sus deseos o sus certezas sobre el más allá.

PADRES Y MAESTROS

Padres y Maestros publicó en su n.º 12 una antología de respuestas a una encuesta en la que aparece ese mundo de fantasía que es el cielo (el más allá feliz) concebido por la fantasía de los niños de 5 a 10 años.

ACTIVIDADES

06. DISCUSION
DIRIGIDA



«Cuando el diálogo surge con un grupito de niños —en la clase, o en casa, tirados sobre la moqueta— entonces la conversación suele resultar mucho más fácil: escuchar, ponerles otra piedra de apoyo para que ellos puedan dar un nuevo paso, devolverles la pregunta, escucharles atentamente...»

El tema de la «muerte», donde tantas cosas son ignoradas por el adulto, es una ocasión propicia para la DISCUSION DIRIGIDA, donde no importan tanto las conclusiones y sentencias, sino la comunicación que se establece entre las personas.

Por ello —aparte de preguntas que tienen una respuesta física, exacta— hay que darle una gran importancia al SENTIMIENTO que se esconde detrás de cada pregunta. Así, por ejemplo, si un niño dice: «Las personas que ya están muertas, ¿se pueden mover?» podría recibir una respuesta explicativa de la inmovilidad y rigidez que causa precisamente la muerte; pero, ¿no buscará él alguna respuesta que satisfaga algún sentimiento oculto? ¿No es mejor ayudarles a liberarse de él?

En este sentido, proponemos que se escojan por el GRUPO una serie de frases propuestas en los 8 apartados y colocarles a su lado la interpretación que pueda tener en una mente infantil cuando la dice.

Así, por ejemplo: la frase n.º 2b: «Los muertos, ¿están cerca de nosotros o están lejos?» ¿Cuál sería la respuesta al HECHO que preguntan? ¿Cuál sería, en cambio, el posible SENTIMIENTO que esconde la pregunta? ¿Cómo procederíais en ese caso. Haced DISCUSION DIRIGIDA en este estilo de varias frases.